

Mariano Latorre

Samuel A. Lillo en la poesía chilena



EN la copiosa obra poética de don Samuel A. Lillo merecen especial elogio, en mi concepto, las composiciones que figuran en uno de sus primeros libros, «Canciones de Arauco» y en los de la colección titulada «Bajo la Cruz del Sur».

La nota viril, heroica, que ha sido la característica dominante de la frontera, escenario épico, si los hay en la historia de América, halló en el temperamento de Lillo su intérprete adecuado.

No es el indio actual, arrinconado en sus reducciones, el rival de los conquistadores, ni el ágil jinete de las malocas.

No luce el trarilonco multicolor en su frente de bronce, ni aprieta su mano recia la lanza de coligüe, pero su lenta agonía en torno a la vida civilizada, que lo ha ido desplazando, poco a poco, tiene nuevos aspectos, episodios de áspera poesía que nunca fueron cantados de una manera real, dramática, en la literatura chilena.

Ni el drama, ni la novela, ni el cuento se preocuparon nunca de pintar la reacción del mapuche ante la ciudad vencedora, ante el ferrocarril que unió las praderas y valles robados a la selva y ante el natural desarrollo de la vida agrícola.

En la literatura chilena de fines del siglo XIX, abundan los cantos heroicos a Caupolicán y a Lautaro, pero tomados de «La Araucana», que, lógicamente, describió el aspecto guerrero del indio que defendía el mapu tradicional de la invasión extranjera.

El sentido humano, propio del Renacimiento, le ocultó a Ercilla el paisaje del sur, maravilloso fondo de la lucha homérica.

Los poetas santiaguinos que entrevieron ese panorama lo recordaron, a lo sumo, como turistas emocionados.

A Salvador Sanfuentes, a Eusebio Lillo, a Carlos Walker Martínez, por ejemplo, Ercilla les dió siempre el motivo.

A los araucanos en desgracia y a su oculta tragedia de despojados no los vieron, ni vieron la poesía alucinante del bosque destruído por el incendio, ni el sueño de los lagos, descubiertos al hombre por la muerte de los árboles.

A Samuel A. Lillo, y éste es un mérito que nadie puede disputarle en la historia de nuestra poesía, le correspondió descubrir este motivo inédito, particularizar la selva sureña y describir las cordilleras y el mar de la Araucanía, escenario de las viejas hazañas y de

las agonías actuales del indio, acorralado por la civilización.

Hijo del sur, su sensibilidad varonil se abrió como un copihue de la tierra frente a ese panorama de bosques carbonizados, de ciudades y aldeas que nacían en sus claros y del indio que cambiaba su chamal, teñido con jugo de maqui, por el pantalón de montar y por la bota comprada en las tiendas de las nuevas poblaciones.

«La epopeya de los cóndores», «El triunfo de la selva», «La muerte del árbol», de «Canciones de Arauco» nos hablan por primera vez de los paisajes australes, selvas y cordilleras e interpretan la vida del mapuche, en pugna con el progreso, con intenso dramatismo.

Posee Lillo, además, algo no muy común entre los poetas chilenos, que reemplazan con retórica la observación directa, y que no se ha expresado al hablar de sus poesías, especialmente las colecciones ya citadas: el sentido del color, la auténtica cualidad plástica.

Si hiciéramos una rebusca en este aspecto de su obra poética, encontraríamos una riqueza inagotable de adjetivos pictóricos y de imágenes coloristas, que dan a muchas de sus composiciones el carácter de grandes frescos impresionistas y, a veces, el de grupos escultóricos.

No sólo la cordillera y sus volcanes, empenachados de nieve, las selvas verdioscuras y la sagrada quietud de las lagunas han sido evocadas por el poeta del sur.

Su descripción vernácula se amplía con la pintura de las caletas de la costa araucana, de las playas solitarias que decoran restos de naufragios, con las costumbres de pescadores y balleneros.

Baste citar «El arponero», de recio dibujo y cuya grandeza épica recuerda «Los conquistadores» de Heredia y «El cóndor» de Leconte de Lisle.

Su puesto en la poesía chilena es el de un creador; su indiscutible originalidad, el haber convertido en obra de arte lo que era crónica rimada o canto histórico.